



Para estudiar campos periféricos
Un ensayo sobre las condiciones de utilización fecunda de la teoría
del campo de Pierre Bourdieu.

Ana Teresa Martinez*

“Por esto admito que se puede tener la impresión de ‘flou’ frente a algunas de las nociones que he forjado, si se las considera como producto de un trabajo conceptual, siendo que yo he preferido hacerlas funcionar en análisis empíricos en lugar de hacerlas ‘girar en el vacío’: cada una de ellas (pienso, por ejemplo en la noción de campo) es, de forma condensada, un programa de investigaciones y un principio de evitamiento de todo un conjunto de errores”²

La utilización exitosa de una teoría como la de Bourdieu –porque esto es de regla en ciencias sociales, pero también por las particularidades de la práctica sociológica bourdiana- supone trascender el uso mecánico y haber logrado cierta apropiación de los principios de construcción de sus conceptos –más allá de la literalidad de los términos- haber comprendido su funcionamiento, y percibir desde allí y frente a un mundo histórico particular, los proyectos de investigación posibles que encierra la propuesta. Es decir, para utilizar productivamente a Bourdieu, la teoría de lo social y la teoría del conocimiento de lo social que este autor pone en juego, deben distinguirse, pero se vuelven inseparables. Si la exploración de tradiciones, génesis y modos de uso es necesaria, la reducción de su trabajo a “teoría” en el sentido de las teorías abstractas que se exponen en manuales, nos ocultaría lo esencial, haría girar en el vacío (como las categorías kantianas hablando de metafísica) las categorías de percepción del mundo social, de pensamiento y de acción –es decir, en este caso, de estrategia metodológica- que si han de producir conocimiento, es en estado inseparable del conocimiento de sus referentes empíricos. Todo lo que enriquezca nuestra comprensión del suelo empírico implícito y olvidado de las nociones y los modos de construir el objeto, nos ayudará a entender y usar mejor, porque nos revelará las posibilidades disponibles en extensión y comprensión de los conceptos de este

* Doctora en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires y D.E.A. en Sciences Sociales, l'Institut Catholique de Paris. Docente e investigadora en la Universidad Nacional de Santiago del Estero. Mail : anateres@yahoo.com.ar

² Bourdieu, P. Choses dites. Paris, Minuit, 1987. pág. 54. (traducción mía, y siempre en adelante para cualquier texto en francés o inglés).

racionalismo aplicado³; todo lo que torne abstracto y separe de su suelo a estas nociones, las empobrece y volverá estériles. Como explica Bourdieu en las líneas que siguen a las de nuestro epígrafe: “Los conceptos pueden –y, en cierta medida deben- permanecer abiertos, provisorios, lo cual no quiere decir vagos, aproximativos o confusos: toda verdadera reflexión sobre la práctica científica atestigua que esta apertura de los conceptos, que constituye su carácter ‘suggestivo’, y por eso su capacidad de producir efectos científicos (haciendo ver cosas no vistas, sugiriendo investigaciones por hacer, y no solamente comentarios) es lo propio de todo pensamiento científico en camino de hacerse, por oposición a la ciencia hecha sobre la cual reflexionan los metodólogos”⁴. Si la “teoría” de Bourdieu es entonces una manera de ver, pensar y trabajar, más que una teoría en el sentido convencional (un sistema estabilizado de conceptos a aplicar), un modo de ejercer el oficio de sociólogo, otro equívoco sería intentar convertir esta manera en una “metodología” de manual: cómo construir máquinas bourdieanas para introducir datos y extraer conclusiones. Con Bourdieu, como con cualquier gran investigador de las ciencias sociales, los textos de manual, sólo pueden servir de orientación previa al estudiante o de ayuda-memoria al investigador, pero en el medio, no hay más remedio que explorar nociones, los problemas empíricos que intentaban resolver, y sus disponibilidades conceptuales abiertas. Es en esa operación de lectura minuciosa, reflexiva y reiterada, para la que Bourdieu no nos ahorró ninguna dificultad, obligándonos a explorar para entender, donde se definen, a nuestro juicio, las posibilidades de utilización fecundas de su trabajo.

El rechazo de Bourdieu a lo que él llamaba “la gran teoría”, no implicaba sin embargo, un rechazo de la sistematicidad ni de la concepción de la investigación científica como tarea colectiva. Por el contrario, una teoría con “potencia heurística” necesitaba para él un inmenso trabajo de puesta a prueba de las nociones e hipótesis planteadas –que no podía sino ser colectivo, al modo que la ciencia lo es-, “para tratar de exportarla cada vez más lejos de la región de origen, a fin de generalizarla mediante la integración de rasgos observados en casos tan variados como fuera posible”⁵. Es decir, la generalización, en coherencia con lo que decíamos párrafos más atrás, no consiste en una “aplicación” de un concepto estabilizado, sino en un enriquecimiento (en la medida en que se trata de nociones relacionales). Al proponer de manera práctica en sus investigaciones una manera de estudiar el mundo social en términos de campo,

³ “racionalismo aplicado” en el sentido de Gastón Bachelard. Proponemos en este caso una lectura de Bachelard que articula su epistemología a los problemas epistemológico-metodológicos planteados por Jean Claude Passeron en su obra *El razonamiento sociológico*. Nathan, 1991. Cfr. Martínez, Ana Teresa. Pierre Bourdieu, razones y lecciones de una práctica sociológica. Bs. As. Manantial, 2007. Pág.272-284.

⁴ Bourdieu, P. *Choses dites*. Op. cit. pág. 55.

⁵ Bourdieu, P. *Les Règles de l'art*. Paris, Seuil, 1992. pág. 259

Bourdieu ofreció algunos “primeros resultados, provisorios y revisables” e “indicó una dirección” para un “programa de investigaciones empíricas realmente integradas y acumulativas”. Con esto, pretendía proponer una manera diferente (no fisicalista ni empirista) de realizar la “ambición legítima de sistematicidad que encierran las pretensiones totalizantes de la ‘gran teoría’.”⁶

En el presente trabajo, trataremos de ubicarnos en esta dirección abierta por Bourdieu, y revisaremos algunos de los usos que se han hecho en Argentina de la noción de campo para estudiar el ámbito de los intelectuales, deteniéndonos a analizar las dificultades que esta utilización ha planteado. A la manera de un excursu epistemológico y metológico en el camino de un programa de investigación, propondremos también algunas posibilidades que encontramos al hacer nuestra propia contribución a esta búsqueda.

El trabajo fundador de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano.

Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano publicaron en 1980 en la revista *Hispanérica*, *La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos*, artículo que, hasta donde sabemos, es fundador respecto del uso de la noción de campo intelectual en nuestro medio.⁷ Haciendo un uso muy productivo de una noción que conocen por entonces en sus balbuceos iniciales, ya que sólo hacen referencia a *Champ intellectuel et projet créateur*⁸, no dejan de señalar las dificultades que en su experiencia ofrece la noción de campo cuando se intenta referirla a procesos de las sociedades locales. Ese esquema conceptual les permite poner en relación “una actividad literaria y propagandística en torno a los temas del nacionalismo cultural”, el perfil profesional que adquiere la función del escritor y la “prosperidad correlativa de las ideologías de artista”⁹ ocurridas en la generación del 900, además de vincularlos con lo que estaba ocurriendo en Argentina desde el punto de vista de las transformaciones generales de la sociedad. Sin embargo, también les produce reticencias en la medida que una “excesiva sistematicidad” podría hacer perder de vista la particularidad de la configuración social local. Contra esta posibilidad se protegen mediante la minuciosidad del análisis empírico.

⁶ Ibid.

⁷ No nos vamos a extender aquí en el análisis de los trabajos de Sarlo y Altamirano, sino estrictamente lo necesario para nuestro propósito puntual. En orden a valorar mejor su aporte, remitimos a nuestro texto (en prensa) *Lecturas y lectores de Bourdieu en Argentina*. Prismas, UNQ, 2007.

⁸ Este es un texto de Bourdieu que data de 1966, y que, aunque propone los elementos esenciales de la construcción de un campo y comienza a distinguir entre los aportes del estructuralismo a la teoría del conocimiento de lo social, y las tendencias, ya claras en ese movimiento, a suplantarlo el realismo de los individuos por el realismo de la estructura, en él aún esta ruptura no ha desplegado sus consecuencias, y Bourdieu sigue oscilando entre la idea substancialista de individuo (el proyecto creador) y una concepción cuasi-fisicalista del campo.

⁹ C. Altamirano y B. Sarlo. “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”. *Hispanérica*, N 25-6, 1980, pág. 161.

Lo que aparece tratado pero no tematizado en el texto de Sarlo y Altamirano es la condición periférica de ese campo en formación. Dos años después, Beatriz Sarlo publica *Vanguardia y criollismo: la aventura de Martín Fierro*.¹⁰ Tampoco esta vez hace referencia a otros textos de Bourdieu, pero nuevamente aprovecha muy bien las posibilidades que el artículo de 1966 abría. Poner como punto de partida el mencionado texto de 1980, donde se había identificado un proceso de constitución de un campo intelectual, le permite ahora construir el concepto de vanguardia no sólo como movimiento literario sino como reacción de una nueva generación frente a los criterios de consagración y legitimidad del campo constituido. La preocupación es discernir la verdad de la vanguardia argentina en su particularidad, y como “función relativa al campo que encuentra constituido”.¹¹ Pero en este caso, si el carácter dependiente del campo se percibe con claridad a partir de las deudas a las corrientes de las vanguardias europeas, de las importaciones y las traducciones, que constituyen parte de su programa, se señala también una verdadera originalidad electiva, que, puede en buena parte ser explicada por un moderatismo vinculado a las características de fragilidad del campo local. Este trabajo saca provecho del mencionado artículo de Bourdieu –también en este caso, el único citado–, abriéndose el camino para organizar de una manera comprensiva una etapa clave de la historia de la literatura en nuestro país, y permitiendo ver, gracias al juego de relaciones de relativa autonomía, algunas razones de la originalidad de un espacio social que, de otro modo, podríamos entender como mero espacio mimético de las tendencias literarias europeas, o, por el contrario, como el “reflejo” de conflictos sociales locales, o un agregado de productores culturales autoproducidos.

En *Literatura/sociedad*, texto de 1983, los mismos autores retoman el tema. Esta vez la referencia a textos de Bourdieu es mucho más amplia, y sobre todo incluye *Le sens pratique*, es decir, además de una mayor explicitación de la noción de campo, los autores aluden esta vez a textos que les permiten ponderar su articulación con la de *habitus*. Les interesa el proceso histórico por el cual, entre los siglos XVIII y XIX, se constituyó, en los países centrales del proceso de industrialización y del capitalismo, un espacio propio para la literatura en la estructura social. Vinculado al pasaje del mecenazgo al mercado, este proceso generó tensiones y actitudes diversas, que pasaron a formar parte de las ideologías de artista. Altamirano y Sarlo introducirán a Bourdieu para pensar este problema, revalorizando otra vez el concepto de campo, en un momento en que la sociología de la literatura no era habitual en nuestro medio. Tal vez porque la fenomenología no aparece mencionada en el cuerpo teórico que los autores refieren a Bourdieu,

¹⁰ Beatriz Sarlo. “Vanguardia y criollismo: la aventura del Martín Fierro.” En C. Altamirano y B. Sarlo. *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. op. cit. pág. 211-260.

¹¹ *Ibíd.* pág. 213.

tal vez por la presencia de un implícito acento althusseriano en la corriente marxista en que lo inscriben, quizá por no advertir el carácter ideal-típico de sus nociones –no siempre muy explicitado, es verdad, por el mismo Bourdieu-, los autores no aprovechan el aporte proveniente de la disposicionalidad de la acción. Les preocupa nuevamente la “sistematicidad” del campo, pero no logran resolverla con los mismos instrumentos que Bourdieu provee para ello, y los vemos insistir –en realidad junto con Bourdieu y movidos por la misma preocupación- en que el modelo puede ser muy útil “a condición de entender los dos términos, y sobre todo el de estructura, es un sentido más bien lato, es decir, no según el que posee en los modelos lingüísticos de inspiración saussureana”.¹²

Acto seguido, el texto de Sarlo y Altamirano, retoma un problema que nos parece fundamental: el de las condiciones de posibilidad para pensar en términos de campo sociedades como las latinoamericanas. Sus reflexiones al respecto se detienen en el uso de la noción de “problemática”, que les parece apuntar a estados de campo demasiado homogéneos; en las dificultades para estudiar en estos términos sociedades capitalistas sin consolidación de la democracia liberal; en las limitantes de la configuración nacional implícita del campo y en la asimetría que existe entre esos espacios nacionales y el campo como fenómeno de “refracción”. En otro lugar, indicado más arriba, hemos trabajado ya sobre estas preocupaciones y objeciones. Aquí sólo las mencionaremos para detenernos en los puntos referidos a la condición periférica del campo. Es verdad que, como advierten Sarlo y Altamirano, los estudios de diversos campos que Bourdieu realizó son implícitamente nacionales, tanto en el caso de la economía, como de la literatura, de la edición, o el campo religioso. La producción cultural es “nacional” en un sentido que va más allá del jurídico, “donde se hallan incluidas las instancias más significativas de la actividad cultural: modelos y tradiciones, instituciones y autoridades, ‘guías’ intelectuales y sistemas de consagración prestigiosos”.¹³ Pero en los países latinoamericanos, aún donde se pueda rastrear la aparición de un campo de producción cultural local desde comienzos del siglo XX, las “metrópolis” culturales han ejercido y ejercen un poder de definición de reglas de validación y consagración que no es recíproco: como hacen notar nuestros autores, la consagración de un escritor argentino en Europa es definitoria para el campo local, no así la de un Europeo en Argentina o Perú. Esta situación de asimetría nos invita a estudiarla para saber “cómo ha operado y qué modalidades de campo intelectual ha contribuido a producir según las

¹² C. Altamirano y B. Sarlo. *Literatura/sociedad*. Buenos Aires, Edicial, 1983. pág. 82.

¹³ *Ibíd.* pág. 85.

áreas culturales del subcontinente.”¹⁴ Por otra parte, si bien es verdad que existen reglas generales que afectan a cada uno de esos espacios sociales circunscriptos por un tipo de actividades y de agentes, aún hoy definidas al interior de cada Estado-Nación, también es verdad que en particular los productos y los productores culturales circulan en modalidades y áreas que tienden a desanclarse y a constituir espacios cada vez más amplios, aunque no por eso menos jerarquizados. Altamirano y Sarlo mencionan también la conceptualización de “dependencia cultural”. Este modelo ejerció un papel crítico equivalente al de su teoría homónima en el campo económico, pero, como bien señalan, en términos explicativos quedaba limitada a un modelo unilateral y mecánico, que reducía los campos locales a meros campos de recepción. En este sentido, lo que nos permite ver la noción de campo –y, como vimos, los autores supieron tempranamente extraer virtualidades en esa línea- es que las condiciones locales de producción, los conflictos y problemáticas propias, aunque sean exteriores al campo, influyen en él constituyendo un verdadero espacio colectivo de refracción de modelos, ideas y propuestas. Estos procesos son los que deberían ser profundizados en cada caso, y aquí la noción de *habitus* puede ser de gran utilidad. Al mismo tiempo, el modelo relacional del campo nos ayuda a mantener la mirada sobre ambos fenómenos a la vez : un carácter periférico y dependiente que sin embargo no impide una producción cultural inventiva, pero donde un aspecto no puede entenderse sin el otro.

Mucho más recientemente, Silvia Sigal. En la introducción a su texto *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del sesenta*¹⁵, luego de un rápido esbozo sobre el papel de los letrados y productores culturales en la constitución de la nación Argentina, de las situaciones más conflictivas entre intelectuales y poder político que se desarrollan a partir de 1916, y de una reflexión sobre las dificultades para utilizar una definición precisa –y única- del intelectual, esta autora plantea que utilizará la “teoría de los campos” de Bourdieu para analizar la etapa, en la medida en que le permite diferenciar la esfera de producción cultural de la esfera política, ya que la “reiterada interferencia del poder político en las instituciones culturales argentinas” justifica tomar esta distinción como punto de partida. Para poder analizar esta relación conflictiva, dice, sería conveniente poder diferenciar ambas instancias. Sin embargo, plantea dos dificultades que surgirían del modelo. En primer lugar, propone que la “distinción intrínseca entre relaciones culturales y relaciones políticas”, conduce inevitablemente a la “traducción de los conflictos intelectuales como estrategias en la lucha por el poder cultural”, borrándose así “la especificidad

¹⁴ Ibíd. pág. 87.

¹⁵ Sigal, Silvia. *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del sesenta*. Siglo XXI, 2002.

política de los conflictos intelectuales”¹⁶. Es decir, interesarse en los intelectuales como agentes que intervienen en lo político la obligaría a salir del modelo, incapaz de integrar esta perspectiva, que para ella pertenece a otro orden, para el cual es necesario contemplar “la figura específica de los intelectuales como actores”¹⁷. Lo que Silvia Sigal no ve aquí –a nuestro juicio- es precisamente el carácter bifronte de los agentes y las prácticas en la conceptualización bourdiana. Lejos de excluir la originalidad de las trayectorias y las tomas de posición políticas, lo interesante del planteo es precisamente que permite articular al mismo tiempo que diferenciar ambas dimensiones. La traducción de los conflictos intelectuales en estrategias al interior del campo específico constituye sólo uno de los aspectos a analizar, indesligable del carácter ambiguo de posiciones y tomas de posición por la doble pertenencia inevitable de los productores culturales, a la vez al campo específico y al campo general del poder, al menos en términos de espacio social estructurado, si no como agentes interviniendo en conflictos explícitos. La traducción en estrategias, además, no supone agentes cínicos, sin convicciones políticas; por el contrario, el *habitus* hecho *illusio* supone una inversión sincera del cuerpo (con su racionalidad) en el juego, supone por tanto que no se pierda de vista “la especificidad política de los conflictos intelectuales”. Por otra parte, no hay que olvidar que la mayor autonomía relativa del campo es sólo deseable para el caso del arte, de la literatura y de la ciencia, mientras otros campos, como el jurídico, necesitan limitarla para desarrollarse.

La segunda dificultad que plantea Sigal tiene características similares a la primera desde el punto de vista epistemológico, pero nos conduce al mismo problema que Sarlo y Altamirano señalaban en su texto: la fragilidad de campos e instituciones en el caso de sociedades como la nuestra. Silvia Sigal se refiere a la “exigente” conceptualización de campo cultural. La autora se preocupa en enumerar las instituciones de legitimación del proceso de autonomización descrito por Bourdieu en la historia del campo intelectual francés, y de resaltar que hay instituciones y disciplinas que son relevantes en nuestro caso, tales como la sociología, la historia o las universidades que escapan al alcance del modelo, porque nunca llegaron a constituirse en un espacio social unificado. Aquí nuevamente diríamos que es el modelo el que permite ver esta particularidad (es virtud central de un modelo analítico hacer evidente lo que escapa a su primer poder organizador, y este es sólo el punto de partida de cualquier análisis del mundo social) y nos animamos a decir que no es sino un reto a llevarlo más allá de sus realizaciones. La primera pregunta en este sentido –que de todos modos nuestra autora se hace- es por qué y en qué

¹⁶ *Ibíd.* pág. 9.

¹⁷ *Ibíd.* pág. 10.

condiciones se produce esta fragilidad. Es para responderla que se siente obligada a salir de la teoría, en lugar de entrar más en ella.

En tercer lugar, retoma explícitamente la preocupación de Altamirano y Sarlo en torno al carácter periférico de los campos de producción cultural en América Latina, que hace que éstos se remitan en general a “instancias de consagración externas” y al mismo tiempo interioricem “criterios externos de valoración”¹⁸. Como bien señala Sigal, ambas dimensiones se retroalimentan y fragilizan aún más la autonomía específica de los campos locales frente al campo del poder. Esta particularidad apuntaría, a nuestro juicio a prolongar los análisis en términos de dominación simbólica y estudiar estas vinculaciones entre los campos dominantes y los locales. El esquema de análisis bourdiano precisamente nos puede ayudar a ver, si tenemos en cuenta la complejidad de relaciones entre los campos, la diversidad de situaciones, estrategias y trayectorias de los agentes, en sus historias objetivas y en términos de disposiciones, y que, como decíamos más arriba, el campo en conjunto produce un fenómeno de refracción y por tanto, la recepción nunca es pasiva. Esto supone, entre otras cosas, internarse en el mundo de los agentes dominantes en el campo, y –como señala Sigal- estudiar “la gestión que del acceso a los espacios metropolitanos realizan los grupos del campo cultural nacional”¹⁹.

Finalmente, la autora pondrá el acento en los “modos de representación de lo político contruidos por los intelectuales”²⁰, cuidando de no reducirlos por esto a su función estratégica dentro del campo. Y aquí se despliega el aporte más interesante de la autora: lo que revela el uso de la noción de campo en espacios sociales con estas características es que “los conflictos intelectuales carentes de mediaciones institucionales reconocidas, expresaron a menudo lógicas propiamente políticas”²¹. Es tan cierto que la constitución de un campo específico los refracta, que cuando este es hasta este punto frágil y perforado, no hay refracción que transubstancie los conflictos al pasar de un espacio a otro, sino que más bien por momentos estamos en un solo espacio social que se mueve con la lógica del campo político en su sentido más amplio, es decir, la del campo general del poder. Como bien dice: a diferencia del campo literario, cuando se trataba de pensar las sociedades, “las legitimidades, precarias, tendían fácilmente a segmentarse, expuestas como estaban a una trascripción demasiado directa de divisiones ideológico-políticas no mediadas por criterios culturales consensuales. Fue así que las instituciones culturales argentinas se encontraron sometidas tanto a los cambios de humor ideológicos de los

¹⁸ Ibid. pág. 15.

¹⁹ Ibid. pág. 15.

²⁰ Ibid. pág. 16.

²¹ Ibid. pág. 16.

intelectuales –y de las capas cultas- como a la mucho más evidente coerción del Estado”²². Este contexto hace “ardua” la utilización de los conceptos bourdianos, como dice la autora, sobre todo si nos aferramos al modelo (en sentido restringido) tal como lo desarrolló Bourdieu para el caso de la autonomización del campo literario francés en el siglo XIX. Pero sabemos que tanto teorías como modelos deben ser subordinados a las condiciones de su aplicación, y en los principios de construcción de la “teoría” que analizamos hay la posibilidad de construir modelos diversos, que nos ayuden a explicar casos diversos. La autora resolverá el problema, otra vez, no internándose en las posibilidades de la teoría sociológica de Bourdieu, sino planteando que, en este contexto, los intelectuales argentinos, fueron “mediadores *entre* espacios culturales”²³ y recurrirá a las modalidades de mediación planteadas por Francois Bourricaud, Alain Touraine y Richard Morse, para caracterizar tres modalidades de intelectuales: los consejeros del príncipe, los universitarios y la *intelligentsia* contestataria. La opción de Silvia Sigal es legítima y posible. No es – probablemente²⁴– la que nosotros hubiéramos elegido. Sin referirnos al período que ella estudia, en el próximo apartado intentaremos abordar un caso periférico y dependiente de un campo en formación extremadamente frágil, para ensayar algunas posibilidades nuevas para el caso a partir de los principios de la teoría de Pierre Bourdieu.

En la periferia de un campo periférico

Retomaremos aquí parte de una investigación realizada entre 1998 y 2001²⁵, en que trabajamos acerca de la sociedad de Santiago del Estero de los años 1920 y 1930. La investigación se refería a la construcción de discursos identitarios santiagueños a partir de los descubrimientos arqueológicos de Emilio y Duncan Wagner, dos interesantes personajes, hijos de un diplomático francés, que habían terminado sus días en el sur de la provincia y habían logrado hacerse financiar por el gobierno local extensas excavaciones arqueológicas y la publicación más lujosa que la arqueología nacional produjo por muchos años²⁶. Sus notables descubrimientos dieron lugar a una construcción teórica fabulosa, según la cual un Imperio de las Llanuras con centro en

²² Ibid. pág. 17.

²³ Ibid. pág. 17.

²⁴ Para asegurarlo es evidente que habría que haber hecho el trabajo empírico correspondiente y ponderar si algún modo de prolongar y “deformar” las nociones de Bourdieu permitía construir el objeto de modo más fecundo, más descriptivo y a la vez explicativo.

²⁵ La investigación, además de varios artículos, dio lugar a un libro Martínez, A., Taboada, C. y Auat, A. Los hermanos Wagner, entre ciencia, mito y poesía. *Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero*. UCSE, 2003. (edición actualmente agotada)

²⁶ Wagner, E. y Wagner, D. “La Civilización Chaco-Santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo”, Compañía Impresora Argentina, Buenos Aires, 1934.

Santiago del Estero habría dominado “milenios atrás” “en tiempos anteriores a Tiahuanaco”²⁷ las culturas del Norte Argentino. La “Civilización Chaco-santiagueña”, como la llamaron sus autores, habría tenido vinculaciones con las más altas culturas de la antigüedad y sobre todo con la Troya de Schlieman. A fines de la década de 1930, la Sociedad Argentina de Antropología, en una reunión convocada para el caso, virtualmente expulsó el trabajo de los hermanos de la “arqueología científica” nacional. Esclarecer la importancia real de la contribución de los hermanos Wagner a la arqueología (y las dificultades de su vinculación a la comunidad arqueológica nacional –que intentamos entender también en términos de campo-), y también su rol en la construcción de discursos identitarios en los años 20 y 30 en Santiago, suponía, entre otras tareas, establecer sus vinculaciones con la elite intelectual de entonces en la provincia. Fue para trabajar en esta última línea que nos preguntamos qué fecundidad podía tener el modelo bourdiano para comprender un espacio social de las características del santiagueño de aquellos años y el significado de los productores culturales que por entonces habían formado una asociación cultural (“emblemática” en Santiago) llamada *La Brasa*. El problema que enfrentábamos era el mismo que Sarlo, Altamirano y Sigal planteaban más arriba, pero en nuestro caso agravado, porque se trataba de pensar la periferia de una periferia: los “intelectuales” de Santiago del Estero en los años 20 dependían de los de Buenos Aires posiblemente más aún que éstos de los centros de consagración europeos, y la precariedad de las condiciones de producción ponían en duda seriamente (en primer lugar) las posibilidades mismas de hablar de campo. Volveremos aquí sobre algunos capítulos de aquel trabajo, para reflexionar sobre los fundamentos teóricos puestos en práctica, las estrategias que ideamos y las ampliaciones que ensayamos para algunas nociones²⁸.

Para abordar el significado de *La Brasa* en el contexto de la sociedad santiagueña de la década de 1920 y de su carácter de grupo literario de vanguardia, la primera pregunta que nos hicimos giraba en torno a su vinculación con un campo literario anterior, del que pudieran ser efectivamente una vanguardia. Desde principios de siglo habían existido –siempre por parte de hombres jóvenes de las clases acomodadas- agrupaciones literarias y culturales. La asociación cultural *La Brasa*, liderada en sus comienzos por Bernardo Canal-Feijóo, (quien por entonces contaba 28 años, y varios de ejercicio profesional como abogado), no fue el primer grupo literario de Santiago, pero

²⁷ Todo esto, huelga aclararlo, antes de la técnica del C14, es decir, cuando no había fechas ciertas sobre casi nada, en Argentina se estaba todavía bajo el impacto del “trauma Ameghino” y primaba una idea general (errada) de una muy baja antigüedad de las culturas locales.

²⁸ Desde aquí y hasta el final del capítulo retomamos en parte y en parte reelaboramos y ampliamos el siguiente artículo: Martínez, Ana Teresa. *Entre el notable y el intelectual*. Revista Andina N 37, CBC, Cusco, 2003, pág. 95-113.

logró cierta continuidad a lo largo de veinte años, y en una trayectoria con vaivenes, pudo editar dos revistas que alcanzaron varios números, condujo un cierto movimiento cultural en la capital de la provincia (del cual formó parte el apoyo al trabajo de los hermanos Wagner), tuvo algunas iniciativas hacia el interior de la misma, buscó la circulación de ideas y producciones literarias con otros grupos del NOA y la capital del país y llegó, a fines de la década del cuarenta, a promover la elaboración de propuestas de desarrollo a nivel regional.²⁹

A primera vista, a juzgar por el lenguaje y las vinculaciones que algunos miembros del grupo anudaron con grupos de literatos de la capital del país, estábamos frente a un movimiento literario de vanguardia, similar a los que por entonces desarrollaban sus actividades en Buenos Aires, en confrontación con la generación que, desde fines del siglo anterior, había hecho visible un campo intelectual con ciertos niveles de autonomía, según aprendimos de los textos de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano aludidos más arriba. En aquel caso, la ruptura de los grupos porteños ponía en cuestión el sistema de consagración y los criterios estéticos de la generación del 900. Beatriz Sarlo ve allí la constitución de un campo de luchas por la definición de las normas estéticas, que sólo era posible en la medida que la generación anterior había conquistado cierta autonomía para el espacio social literario, es decir, había instituido y legitimado la figura del hombre de letras, dedicado de lleno a su oficio y construyendo desde allí su identidad social.

Desde este punto de vista, el grupo santiagueño podría ser analizado como subsidiario de aquel, como un fenómeno periférico del campo porteño, una nobleza de provincia que sigue los dictados de la corte central, que en este caso, a su vez, se constituía como periferia del campo europeo. Sin embargo, este análisis, útil para la historia de la literatura nacional, que hubiera debido centrarse sobre todo en los discursos de los jóvenes brasistas, en sus vinculaciones a los intelectuales de Buenos Aires y del resto del país, parecía dejar en la penumbra un aspecto particularmente interesante para la historia de Santiago: si es verdad que los jóvenes de la Asociación utilizaban un lenguaje vanguardista, no necesariamente estaban diciendo en él, lo mismo que sus pares porteños. En la medida que las condiciones de su vida cotidiana, que sus posiciones al interior del espacio social local, del rol posible para la Asociación en la sociedad santiagueña, no se asimilaban a los de los intelectuales de vanguardia de Buenos Aires, el hecho de su aparición y de sus actividades podía revestir aquí una significación diversa, tanto para ellos mismos como para el espacio social en que se desenvolvían. No podemos ignorar que en 1914 Santiago del Estero contaba apenas con 23.000 habitantes, y que era capital de una provincia que en esa fecha tenía el 86% de población rural (contra el 47,3% del resto del país), que en 1942 no

²⁹ Un trabajo más minucioso debería ayudarnos a ponderar el peso, por momentos en solitario, de Canal Feijoo.

alcanzaba una densidad sino de 3,5 habitantes por km². Una provincia donde la tasa de analfabetismo era por entonces del 66,2% (frente al 35,9% del país); donde el tiraje del periódico más importante (de los tres existentes), en 1900 no superaba los 500 ejemplares (de los que se vendían 300) y había llegado en 1920 apenas a 3.000 ejemplares que se distribuían en las ciudades más importantes de la provincia, que contaba por entonces con apenas 450 “profesionales” (60 abogados, 25 médicos, 43 ingenieros, y veterinarios, agrónomos, procuradores, farmacéuticos, profesores). Es en esta sociedad pequeña y de características aún marcadamente rurales, que aparece *La Brasa* y su lenguaje vanguardista era evidentemente un lenguaje de ruptura. No nos negábamos a ver sus vinculaciones al movimiento nacional, pero nos parecía mucho más importante para entender a Santiago del Estero, construir otra perspectiva. La pregunta que se nos planteaba era sobre el carácter y significado de esa ruptura *en la sociedad local*, ya que era allí donde habían actuado y donde se habían empeñado en desarrollar una propuesta cultural: ¿respecto a quién o qué se construían su ironía y su esfuerzo de diferenciación en el ámbito más inmediato? Aún en el caso que fuera una mera imitación, ¿qué significado adquiriría para el espacio local?

Lo primero que salta a la vista es que en Santiago del Estero no teníamos antes de *La Brasa* una generación de escritores definidos como tales³⁰, contra quienes reaccionar. Nos preguntamos así, si su crítica se dirigía solamente a los escritores de Buenos Aires de la generación anterior, si constituía una postura que simplemente emulaba las corrientes de moda en la capital, saltando por encima de su vida cotidiana, o intentando transformarla voluntaristamente, o si más bien este discurso cobraba en el contexto local un significado propio, que sin dejar de mentar a ciertos grupos nacionales, se dirigía, en esta sociedad diversa de la porteña, a un estado del campo tal vez más que a unos agentes.

La pregunta, más que perdernos en curiosidades anecdóticas, tuvo la virtud de sugerir exploraciones amplias, orientadas a comprender a la sociedad local en su especificidad. Intentar responderla suponía privilegiar un trabajo de reconstrucción del espacio social global de Santiago por los años veinte, a fin de ponderar, no sólo los efectos que estos jóvenes ligados a las nuevas ideas llegadas de Buenos Aires pudieron ejercer en la sociedad local, sino también los efectos que pudiera tener sobre sus prácticas esta pertenencia primaria al espacio social santiagueño, donde ocupaban una posición homóloga a la de sus pares porteños en relación al mundo literario, pero en este caso –era nuestra hipótesis- respecto de un mundo social que se parecía más al que

³⁰ No queremos decir con esto que no haya habido algunos hombres que dedicaban parte de su actividad a las letras, la historia, las ciencias. Los había, pero como veremos más adelante, es difícil hablar de ellos en términos de “intelectuales” en el sentido que precisaremos, sentido de utilidad heurística para nuestro propósito.

enfrentara la generación anterior de literatos capitalinos, la generación del 900, que al que enfrentaban sus compañeros de edad y experiencia.

La división del trabajo social y los rostros del capital simbólico.

Para explorar el caso, la vinculación entre campo y *habitus* era capital. En un espacio social tan limitado y de relaciones cara a cara, precisamente no queríamos perder de vista que el campo no es un modelo interaccionista, sino que alude a la configuración de posiciones y trayectorias posibles e interrelacionadas, siempre en tensión, en movimiento y transformación, a menudo más amplias, en cuyo contexto adquieren sentido las relaciones cotidianas cara a cara. Las luchas de posicionamiento se desarrollan así en un espacio demarcado, explicable genéticamente y mediado por la historia particular de cada agente, que produce sus tomas de posición a partir del juego de relaciones presente, de los diversos tableros en los que juega o podría jugar y de aprendizajes anteriores transponibles porque incorporados, “hechos cuerpo”. De este modo, tratándose de un espacio social bajamente diferenciado en campos, y donde los existentes estaban simbólicamente dominados por otros más prestigiosos (que además no eran locales, y se hacían presentes no por medio de agentes visibles, sino sobre todo como “influencias”), donde muchas “tomas de posición” podían así ser prestadas de horizontes externos, y donde se creaban instituciones y se adoptaban prácticas cuya lógica con frecuencia no se correspondía con la base social en la que se insertaban, el concepto de *habitus* se volvía central para comprender los desfases, las mezclas de lógicas, la distancia entre lo incorporado y lo proclamado, entre la intención explícita de las prácticas y las prácticas mismas. Nos interesaba recordar así que el concepto de *habitus*, tal como Bourdieu lo utiliza en sus textos de madurez, recupera el sentido activo del concepto de institución: lo que ha sido instituido, los modos de obrar “puestos en pie”, erigidos como socialmente legítimos y normalmente reproducidos por agentes socializados en esa legitimidad, que han “hecho cuerpo” lo instituido. En este sentido, los modos de colonización del espacio social por lógicas que no son producidas ni reproducidas desde la socialización primaria de los agentes, instauran desfazajes entre sociedad e instituciones, que se vuelven potencialmente productores de situaciones de anomia y eventualmente creadores de prácticas nuevas.

En segundo lugar, nos parecía importante no perder de vista el *carácter ideal-típico de las posiciones* en el modelo. Es decir, una posición en un campo no es sino el nudo de un conjunto de propiedades (jamás todas las potencialmente pertinentes) relacionalmente definidas, que señalan un punto (de los infinitos puntos posibles) y le dan un carácter típico que lo hace pensable en contraposición comparativa con las otras posiciones. Pero tratándose de un mundo histórico concreto, la distancia entre ese individuo construido y el individuo real, es inconmensurable, porque éste es

inaprensible en su riqueza indefinidamente analizable. De este modo, el análisis no deja de constituir una serie de indicaciones estenográficas que hay que subordinar a un proceso flexible de constatación cruzada, e interpretación sistemática, fundada en teoría, pero especialmente atenta a la diferencia y a la anomalía. Los análisis cuantitativos, como el que plantearemos más adelante, son, en este sentido, poderosos instrumentos de ruptura epistemológica y aliados importantes para poder formular con mayor precisión las hipótesis en torno a la particularidad del caso, pero a condición de mantener la atención sobre la distancia entre el modelo y el mundo histórico real. Al mismo tiempo, cuando hablemos de “notable” o de “intelectual” no estaremos aludiendo a series de rasgos característicos de los individuos que deberían cumplirse en su totalidad para designar una clase de agentes, sino más bien de nociones indicativas (que en estado puro no son sino expedientes de laboratorio) *de unas modalidades de organización social*, que es lo que nos interesaba percibir.

Pero sobre todo nos parecía que el modelo de campo desplegaba posibilidades nuevas para nuestro caso cuando recordábamos su vinculación al concepto de trabajo social durkheimiano. Y aquí vamos a detenernos un momento. Cuando Bourdieu trabajaba sobre el campo literario, aludía siempre al estudio de un proceso social particular: el de la sociedad francesa de mediados del siglo XIX, en que se producía la autonomización de un campo literario y a partir de allí se constituía la figura del intelectual al estilo de Zola. Ese proceso del campo literario no podía ser entendido separadamente de un proceso más amplio de diferenciación de espacios sociales y tipos de agentes que complejizaban el espacio social global, transformando a su vez las relaciones de poder entre los productores culturales y los otros tipos de agentes sociales. La vinculación a la noción de trabajo social de Durkheim no sólo nos recuerda una restricción en la aplicabilidad del modelo (que hablar de campo supone cierto nivel de diferenciación del trabajo social), sino que nos ofrece también posibilidades de explorar cuestiones relativas a los procesos mismos de transformación demográfica y de estilos de vida en que se hallaba Santiago del Estero en la década de 1920, cuando el trabajo social se hacía más complejo y requería agentes nuevos en nuevos espacios sociales. Internarnos más a fondo en este punto nos convenció de la necesidad de construir una estrategia metodológica para aprehender de algún modo el proceso de diferenciación del capital simbólico.

Durkheim no habla de división social del trabajo, sino de división del trabajo social, proceso del que la división social del trabajo no es más que un aspecto ligado a la producción económica. Esta concepción de trabajo social es clave para comprender por qué para Bourdieu el campo económico no es más que un campo entre otros, temprano en autonomizarse en el proceso del

capitalismo (uno de cuyos aspectos es el proceso de racionalización descrito por Weber), en definir su *nomos* propio ("negocios son negocios"), y en especializar sus agentes, pero un campo entre otros. Para Durkheim, una vez rechazada la idea de poner las bases de la sociedad en la hipótesis de un contrato celebrado entre individuos, es la solidaridad, el vínculo social (por oposición al estado de guerra que requeriría el contrato) lo que está en el punto de partida. En todas las sociedades, sabemos, la cohesión se funda en una tensión entre el suelo común de creencias y experiencias compartidas (solidaridad mecánica, *moeurs*), y la complementación de las funciones diversas (solidaridad orgánica), dos modos del vínculo social que no existen en estado puro y que no existen separados. Pensar la dinámica de campos desde aquí, es recordar que si hay tensión y lucha en el campo, es a partir de una solidaridad duplicada: como *collusio* (la *creencia común* en el valor de lo que está en juego) y como lado solidario de toda diferencia: nadie compite solo, se necesita un adversario para que haya juego (quien cree en el valor del juego, *apuesta* porque ya está dentro). La división del trabajo sexual es el ejemplo a partir del cual piensa Durkheim los vínculos hechos de diferencia. Si se ha puesto el acento en el intercambio como resultado fundamental de la división del trabajo, dice (aludiendo fundamentalmente a Spencer), "es por haber desconocido lo que el intercambio implica y lo que resulta de él"³¹. Como producto del intercambio, el otro complementario se incorpora en nosotros como parte "integrante y permanente de nuestra conciencia" por eso no podemos pasarnos sin nuestro complemento. Este es un mecanismo que trasciende los sentimientos de simpatía que produce: el intercambio, como desarrollará magistralmente Marcel Mauss años después en el *Essai sur le don*, es fundamento y a la vez resultado de alianzas, de vínculos sociales. Durkheim dirá que es una cuestión "moral" (vinculado a las *mœurs*), y Bourdieu hablará de *collusio*, de trabajo simbólico y de capital simbólico, pero no para pensarlos como un caso particular de intercambio económico, sino al revés, en la línea de Mauss, para pensar el intercambio económico como un caso particular de intercambio en tanto trabajo social³².

Cuando, capítulos más adelante en *De la division du travail social*, Durkheim se pregunte por el origen de la división del trabajo, y de su exacerbación en las sociedades industriales, serán las transformaciones "morfológicas" de la sociedad las que conduzcan a un predominio de la solidaridad orgánica como "causa determinante": la división del trabajo "varía en relación directa

³¹ Durkheim, E. *De la Division du travail social*. PUF, 1996. pág. 29.

³² Cf. Martínez, Ana T. *La teoría del intercambio de dones: una reflexión sobre los fundamentos de la cultura*. (primera, segunda y tercera parte) En Studium, UNSTA, Tucumán, Argentina. Tomo I/1, 1998 pág. 91-116; Tomo I/2 pág. 197-216; Tomo II/4 pág. 199-220,.

con el volumen y la densidad de las sociedades”³³, es decir, aumento sustancial de población y concentración de la misma en espacios urbanos, aceleración de las comunicaciones y consiguiente diversificación de funciones, de bienes y servicios, multiplicación de nuevas necesidades, colateral fragmentación de la “conciencia colectiva” e individualización de la particular. Es la solución (específicamente humana, es decir, social) al problema de la intensificación de la lucha por la vida, que en lugar de producir mecánicamente la eliminación del más débil, gracias a la mediación simbólica, diversifica los modos de adaptación produciendo complementariedad: “así cada uno puede alcanzar su objeto, sin impedir a los otros alcanzar el suyo”³⁴. Una lucha más compleja por la vida hace para Durkheim que ejercitemos más la inteligencia y la sensibilidad³⁵, especificando así la personalidad individual³⁶. Estas transformaciones suponen entonces no sólo –como lo muestra también Norbert Elias, fundándose él mismo en Durkheim– diversificación en la producción económica, sino procesos de individuación, pero sobre todo, la consiguiente diversificación de funciones regladas por derechos y deberes³⁷, de “juegos”, de “configuraciones” y por esto de agentes que incorporan reglas y especifican intereses, construyen institucionalidades, definen aquello por lo que vale la pena jugar, desde condiciones de vida y posibilidades diversas.

Esta perspectiva nos ubica claramente en el estudio de procesos históricos, de “larga duración”, pero no necesariamente en una línea evolutiva, ni desde el punto de vista valorativo, ni de la necesidad histórica. Ya lo marcaba Durkheim cuando definía su pregunta por la “función” de la división del trabajo social no en términos de causalidad final sino de indicación de correlaciones³⁸ y lo remarca Bourdieu cuando pone en guardia sobre este punto respecto de la lectura del “proceso de civilización” de Norbert Elias³⁹: no confundir la lógica del modelo con la de la realidad histórica, no convertir la lectura de un proceso particular y la construcción teórica que da

³³ Durkheim, E. *De la division du travail social*. op. cit. pág. 244.

³⁴ Ibid. pág. 250.

³⁵ “Desde el momento en que el número de los individuos entre los cuales se establecen las relaciones sociales es más considerable, no pueden mantenerse si no se especializan más, trabajan más, sobreexcitan sus facultades; y de esta estimulación general resulta inevitablemente un más alto grado de cultura. Desde este punto de vista, la civilización aparece entonces, no como un objetivo que mueve los pueblos por la atracción que ejerce sobre ellos, no como un bien entrevisto y deseado con anticipación, del cual buscan por todos los medios asegurarse la porción mayor posible, sino como el efecto de una causa, como el resultado necesario de un estado dado”. Ibid. pág. 327.

³⁶ Cf. Ibid. pág 400ss.

³⁷ Cf. Ibid. pág 403.

³⁸ Cf. Durkheim. *De la division du travail social*. op. cit. pág. 11. Esto no le va a impedir buscar luego, como vimos, la causa eficiente de la división del trabajo, y remarcar su diferencia con los planteos que ven en el crecimiento y la densificación de la sociedad, una mera “condición” y no una “causa determinante”.

³⁹ Bourdieu, P. *Les règles de l'art*. op. cit. pág. 86, nota 13.

cuenta de él, en norma de todo otro proceso. Pero además, no olvidar que si en el proceso histórico marcado por la evolución del capitalismo occidental, la división del trabajo social ha ido a la par de la concentración de la violencia física en las manos del Estado, y de una reducción de la frecuencia de su uso, este proceso ha tenido como reverso inseparable, la multiplicación de modos de violencia simbólica legítima, vinculados ellos también a la división del trabajo simbólico, a su complejización y a la “individuación” de los agentes que Durkheim ya también señalaba.

Si en las sociedades en que la economía está más acotada a la subsistencia y la división del trabajo social es menos compleja, como mostraba Bourdieu en *Le sens pratique*, el capital simbólico tiene un peso mayor en la definición de las relaciones de dominación, y la acumulación de capital económico está con frecuencia subordinada a los intercambios de capital de alianzas o de prestigio, estudiar los procesos de transformación y división del capital simbólico y en particular de su vinculación al trabajo de dominación, puede ofrecernos indicios importantes del estado de la división del trabajo social. Es en este punto, para el caso que nos interesaba, que la caracterización del “notable” como figura sociológicamente antitética del “intelectual” se volvió en nuestro análisis punto de referencia para la comprensión del proceso social de fondo, más allá y más acá de la producción literaria. La definición relacional del concepto de capital nos permite pensarlo no como algo que se tiene, sino como el hecho de tener algo que permite jugar en un campo y producir efectos en las relaciones con los otros agentes. El capital simbólico es entonces, inicialmente, sobre todo “efecto de capital”. Por eso es en principio una dimensión más —y posiblemente la central— del capital inespecífico que caracteriza las jerarquías sociales de las sociedades pequeñas y aisladas, en que la división del trabajo social es usualmente débil. En sociedades como la de Santiago del Estero a fines del siglo XIX, el trabajo de dominación estaba aún centrado en la figura del “notable”, un tipo de agente que concentraba, como posesión más familiar que individual, todas las especies de capital, no como fruto de un trabajo de acumulación diferenciada, sino por indiferenciación. Es decir, lo que en sociedades más complejas llamamos capital social (relaciones sociales a movilizar, pero sobre todo un “saberse mover” en la buena sociedad), pero también el capital intelectual (en este caso, sancionado o no por títulos universitarios), el capital económico (desde este punto de vista, en cuanto “efecto, apariencia”, y por eso ostentación, prodigalidad), el capital político (a gobernar se aprendía desde la primera socialización al interior de una familia en la que había sirvientes y allegados, allí se asimilaba el propio lugar natural en la jerarquía y las estrategias de posicionamiento entre iguales) eran detentados de modo indiferenciado por las familias, y esta relación de pertenencia era más

decisiva que los méritos individuales de los agentes para posicionarse en la sociedad. Ese capital simbólico inespecífico que caracterizaba —y caracteriza— al “notable”, lo habilitaba socialmente para todo tipo de actividades en la producción simbólica de la sociedad, desde la elaboración de leyes a la creación artística, desde la actuación política a la beneficencia, moviéndose con frecuencia entre una y otra sin necesidad de especialización ni profesionalización. Lo que lo avalaba era la ley implícita de las jerarquías naturales (porque naturalizadas por generaciones, constitutivas del *habitus*, hechas “cuerpo”) que se sintetizaban en el prestigio del o los apellidos.

En cambio, cuando hablamos de “intelectuales” en el sentido que el término cobra desde Zola y el *affaire Dreyffus*, suponemos un tipo específico de capital simbólico acreditado por el reconocimiento de los pares, visible socialmente y habilitante para acciones específicas. Es decir, supone una sociedad donde el trabajo de su producción como tal, es desarrollado por sujetos diversos en sus funciones y habilitaciones, en la medida en que se diferencian espacios y subespacios de relativa autonomía, definidos por tipos propios de capital incorporado y reglas implícitas sancionadas al interior de cada campo y reconocidas indirectamente al menos por el resto de la sociedad. En suma, supone haber dejado atrás en alguna medida la figura social del “notable”, en quien el capital simbólico tiene aún la capacidad de mostrar mil rostros diferentes en un proceso redundante de autoafirmación.

No se trataba de un problema de palabras. No era la legitimidad del uso de un término —el de intelectual— lo que nos interesaba, sino la comprensión del espacio social particular de Santiago por aquellos años y de los procesos que en él se desarrollaban, para poder dar un significado más preciso a la acción de un grupo que, desde su vínculo con el campo relativamente autónomo que sí existía en Buenos Aires, estaba inserto (por una relación de mutua pertenencia) en una sociedad de características diferentes, y esta pertenencia confería a su acción rasgos particulares, tanto en términos de limitaciones como de posibilidades. El problema era aquí saber de qué procesos sociales más amplios formaba parte, en este caso preciso, la aparición y actuación de La Brasa, para comprender mejor desde allí su significado, las características de sus miembros y explicarnos sus modalidades de acción.

Aprender el proceso de transformación.

En el caso que nos ocupaba, no podíamos dar por supuesta una diferenciación de intereses, agentes y capitales a partir de indicios, sino que necesitábamos aprender empíricamente el proceso mismo de diferenciación, para descubrir el sentido efectivo que pudieran tener, en el momento que nos interesaba, gestos y signos de diferencia. Es en este punto donde necesitábamos darnos instrumentos para cuya elaboración no teníamos muchos antecedentes en

el trabajo de Bourdieu, ya que sus análisis no abordan sociedades donde el carácter dependiente de los campos introduce un elemento de incertidumbre respecto del significado de los indicios típicos de autonomización. Por otra parte, el estado de dispersión en que se encontraba la información necesaria, y la magnitud del trabajo que implicaba reconstruir todo el juego de relaciones económicas, sociales y políticas en la época y en perspectiva histórica nos obligó a agudizar la imaginación, elaborando una estrategia que permitiera al menos descubrir indicios sobre el proceso de diferenciación del trabajo de dominación en la sociedad provincial, en los que fundar algunas hipótesis interpretativas plausibles, que requieren tener presente en particular las advertencias hechas más arriba en torno al estatuto epistemológico de los conceptos. De esto se trató el análisis cuantitativo de los procesos de diferenciación, no de una pretensión positivista de lectura fotográfica de la realidad histórica. Luego de una primera exploración de los grandes procesos nacionales y locales en la época, definimos un lapso significativo que va de 1886 (consolidación del roquismo en Santiago del Estero, con la asunción del gobernador Absalón Rojas, coincidente con una nueva etapa de la estructura económica de la provincia –la agricultura de riego y los ensayos industriales) hasta 1945, fecha en que también se cierra una época política, la del retorno conservador, y en la provincia además, la de la centralidad de la extracción maderera, y la consolidación de una decadencia económica relativa al resto del país, que no volverá a cambiar sustancialmente hasta nuestros días. Contenidas en este lapso de duración más larga y donde podíamos constatar transformaciones importantes, adquirirían mayor sentido las dos décadas que nos interesaban. Partiendo entonces de aquella fecha, exploramos los factores que importa trabajar para construir el campo del poder local: la economía, sus etapas, actividades principales y agentes más importantes; las transformaciones demográficas (en particular las características y efectos de la inmigración extranjera en nuestra provincia) y los procesos de adquisición de poder de los distintos grupos, tradicionales y recién llegados; las transformaciones culturales: alfabetización, publicaciones, colegios profesionales, “visibilización” de nuevas profesiones, aparición de prácticas sociales nuevas (deportes, clubes, etc.) y la variación en los modos de acumulación y legitimación de capital simbólico; las transformaciones políticas: los cambios de grupos que manejaron el poder político, teniendo en cuenta no tanto las variaciones en términos de partidos como de sus vinculaciones a grupos de poder económico y social. Estos factores los tipificamos en variables, (Linaje santiagueño, legislador nacional, cargo ejecutivo, título universitario, vinculación familiar a la producción económica dominante, acumulación y repitencia de cargos) que hemos cruzado en una muestra reducida de agentes, compuesta por los gobernadores, ministros de gobierno y hacienda, intendentes de la capital, y senadores y

diputados nacionales por la provincia, de cada una de las etapas que nos pareció pertinente marcar (1890-1910; 1911-1920; 1920-1930; 1930-1945), con el fin de percibir la vinculación entre los detentadores del poder político y los otros tipos de capital específico en cada una de ellas⁴⁰. Visto esto, exploramos luego la densidad de parentescos entre los individuos actuantes en cada etapa. Este trabajo nos permitió acercarnos a los grandes clivajes en el tiempo entre el ascenso, descenso o transformación de las elites nuevas y viejas, y a partir de allí, elaborar algunas hipótesis sobre los procesos de diferenciación de diversos tipos de capital. Finalmente, la comparación de estos resultados con el del seguimiento del grupo de mujeres que se desempeñaban en las distintas sociedades de beneficencia a lo largo del tiempo y sus vinculaciones por filiación o matrimonio a los hombres que detentaban el capital político y económico en las distintas etapas, permitió un cierto cruce de información y de control de hipótesis.

El análisis de las elites del período 1886-1910, centrado en el estudio de la vinculación entre capital económico, político y social, muestra que en esta etapa la acumulación (acumulación por indiferenciación, y esto es lo que nos interesa) de capital económico, político y social se producía en el mismo reducido grupo de familias⁴¹: eran los mismos apellidos, vinculados a familias establecidas largamente en la provincia, los que desarrollaron la agricultura de riego, detentaban el poder político, escribían libros, aparecían en Sociales en los diarios y fundaban las Sociedades de Beneficencia⁴². El nepotismo –ya reiteradamente señalado en trabajos anteriores sobre el

⁴⁰ La razón de la muestra se vincula con: la necesidad de trabajar con un número reducido de agentes; elegir los cargos de nivel más alto, por hipótesis, tradicionalmente reservados a los grupos dominantes; en ese nivel, contar también con los cargos ejecutivos locales más importantes (que son habitualmente lugar de articulación del gobierno con grupos locales de poder); finalmente, contar con los cargos que por su carácter nacional, vinculan a los grupos de poder local con los de incidencia nacional.

⁴¹ Cf. Martínez, Taboada, Auat. Los hermanos Wagner, entre ciencia, mito y poesía. op. cit. pág 42-57.

⁴² “Entre 1886 y 1910 más de las tres cuartas partes de la muestra constituida por gobernadores, vice-gobernadores, diputados y senadores nacionales, ministros de gobierno, o hacienda de la provincia e intendentes de la capital pertenecen a familias atestiguadas en la región desde el siglo XVIII, y con antecedentes familiares que detentaron cargos o tuvieron actuación pública desde comienzos del XIX (es el indicador que hemos codificado como “linaje santiagueño”: (LS)). Si analizamos específicamente aquellos que cumplieron funciones legislativas, que son funciones asociadas tradicionalmente a la profesión de abogado, apropiada a la categoría de notable (con todo el peso de inespecificidad del capital simbólico que la caracteriza) y que se diferencian de las funciones ejecutivas, como los ministerios, en que estas normalmente requerirían competencias más técnicas y una dedicación más exclusiva, tenemos una cifra ligeramente mayor.

Pero hay un rasgo que llama fuertemente la atención en este período: se trata de cincuenta personajes, pero sólo de treinta y siete apellidos, ya que diez se repiten, dos de ellos tres veces, y uno cuatro veces, en parentescos que pudimos determinar por vía paterna, a esto habría que sumar tres otros parentescos atestiguados por vía materna y varios por vía de alianza matrimonial. El porcentaje de los que llevan el mismo apellido por vía paterna o materna es de más de la mitad (y debemos confesar que las redes de parentesco no las hemos podido reconstruir totalmente, sobre todo las que se vinculan por vía materna y los parentescos por alianza matrimonial). (...) En cuanto a la coincidencia entre elite económica y detentadores de poder político, ya decíamos antes que de los 50, 18 son apellidos ligados directamente a la agricultura de riego, o a la naciente agroindustria, es decir más del

Santiago del Estero de entonces⁴³- tiene no sólo una explicación vinculada con la corrupción: es necesario un determinado tipo de organización social y de estructuras de percepción, apreciación y acción que la sostengan, la justifiquen y la expliquen, que le den un mínimo de legitimidad social, para subsistir aún cuando existan cuestionamientos puntuales o rencillas dentro del mismo esquema: para que una red de parentesco en el poder tenga esta magnitud durante tanto tiempo, la aptitud para los cargos políticos debe ser experimentada por gobernantes y gobernados en buena medida como un bien familiar: en las familias “principales” se aprende con la socialización primaria a “mandar”, y de esto se trata la política en este contexto. De hecho, cuando asume el gobernador radical Cáceres en 1920, un crítico anónimo que publica en El Liberal (diario vinculado al radicalismo “antipersonalista”) comentará: “el gobierno es un potro chúcaro, quisquilloso y de mala rienda, cuando se las tiene que haber con domadores *que no han aprendido desde chicos el oficio*, y acaso sin entrenamiento y sin pericia”⁴⁴. Una mirada sobre la sección Sociales" y sobre los avisos de los abogados y médicos (las profesiones tradicionales, ligadas ambas al poder y a la responsabilidad social) de los diarios de la época, nos enfrenta una vez más con los mismos apellidos y personas. La publicación de las listas de regalos con sus donantes en las bodas de este grupo constituía una práctica en la que, a precio de capital económico, se acumulaba capital simbólico y se ostentaba el capital social. En un contexto así, el capital simbólico quedaba claramente reducido al “efecto de capital”, tenía aún pocas posibilidades de especificarse como capital cultural, de medirse por criterios individuales de acumulación. Esto significa que un título de médico o abogado, o la publicación de un libro de historia o de poesía, no valía tanto en este período como capital específico con qué jugar en un campo de pares, sino como una nota más de prestigio que sumar a los blasones familiares y personales, que se confundían y reforzaban entre sí.

Entre 1920 y 1930, en cambio, no sólo la composición de los grupos gobernantes se ha diversificado, sino que ya no coincide de manera directa, por lazos de familia, con los grupos de poder económico o de poder social⁴⁵. Sin embargo, al mismo tiempo, en las páginas de

tercio. El dato se vuelve más significativo cuando pensamos que en 4 casos se trata de gobernadores de este período y tres más que lo habían sido en el período 1876-1886.” Ibid. pág. 49-50.

⁴³ Cf. Alen Lascano, L. *Historia de Santiago del Estero*, Plus Ultra, 1996 y Tenti de Laitan, M. *Cien años de historia*. en Retrato de un siglo. Una visión integral de Santiago del Estero desde 1898. El Liberal, 1998.

⁴⁴ El Liberal 12-06-20 Artículo sin firma. Subrayado nuestro.

⁴⁵ “Tenemos en estos 10 años, 39 personajes que ejercieron altos cargos de gobernador, presidente de la cámara provincial, diputado o senador nacional, ministro de gobierno o hacienda provincial o intendente de la capital. De ellos, 13 pueden ser incluidos con certeza en nuestra categoría de “linaje santiagueño” (dos de los cuales no son radicales), es decir, el tercio del total. Si nos restringimos al poder legislativo, de 24 que tuvieron funciones de este tipo a nivel nacional durante estos años, 6 pueden ser incluidos en la categoría, es decir el mismo

“Sociales” de los diarios, mientras las elites gobernantes se han diversificado, los apellidos socialmente legitimados siguen siendo los que aparecían detentando cargos políticos en los períodos anteriores, con la suma de algún que otro inmigrante temprano y exitoso que supo vincularse –generalmente por alianza matrimonial- a los grupos dirigentes de las viejas élites⁴⁶. El análisis a través del tiempo de la composición de las Asociaciones de mujeres, como las Sociedades de Beneficencia, otras instituciones ligadas a la Iglesia, como la Sociedad San Vicente de Paúl⁴⁷, y las surgidas a comienzos del siglo XX, así como la Sociedad de Mujeres Patricias o la Brigada de Señoritas de la Liga Patriótica, confirmó la misma hipótesis: la densidad de vinculación a las viejas elites en estas asociaciones seguía siendo mucho más fuerte que la vinculación a los apellidos del mundo de la política⁴⁸: los detentadores de capital simbólico ya no coincidían con los de otros tipos de capital. Todo sucede como si hubiera habido en estos años

porcentaje que para los cargos ejecutivos. Por otra parte, los dos mayores dirigentes Yrigoyenistas de la provincia no son originarios de la misma ni tienen en ella antiguas vinculaciones familiares (como sí era el caso de Dámaso Palacio en el período anterior). Al mismo tiempo, aparece Gabriel Chiossone, que si bien era un representante de la agricultura comercial en La Banda, es hombre de la Liga Comercial e Industrial, un poder emergente local de comerciantes, muchos de los cuales son inmigrantes o hijos de inmigrantes. Paralelamente, tenemos sólo dos Cáceres y dos Abalos, el índice de parentescos probables por vía paterna no pasa del 10%.” Ibid. pág. 51

⁴⁶ Respecto de la integración de inmigrantes en la provincia (que fue, como en todo el NOA, mucho menor en proporción a la población anterior que en el resto del país), en general, la participación la consiguieron más a través de asociaciones de origen o por actividad, que a través de los partidos políticos. Por otra parte, fuera de los Feijoo, los Christensen, o los Chiossone, los apellidos de inmigrantes no aparecerán en las notas sociales de El Liberal hasta la década del 40, salvo como financiadores externos de acontecimientos sociales y culturales, o en eventos de beneficencia de menor importancia. Es decir, a pesar que poseen ya un capital económico significativo, que les permite aspirar a un lugar social destacado, la “buena sociedad” sólo los admite aún a ese título: el capital simbólico inespecífico –base del capital social en este espacio- requiere tiempo para su acumulación. También es interesante observar la diferencia en los procesos de integración según el origen: mientras en 1920 tenemos ya en la elite política apellidos italianos y españoles de origen migratorio más o menos reciente, para encontrar apellidos árabes, por ejemplo, habrá que esperar más allá de 1930, fecha a partir de la cual se incorporarán también a la elite política. A este respecto, la publicación en “sociales” de los nuevos miembros admitidos al Lawn Tennis, por ejemplo, funcionaba como una especie de carnet de admisión al grupo de la “gente conocida”, es decir, socialmente reconocida. Cf. Ibid. pág. 52-57.

⁴⁷ Estas sociedades eran espacios privilegiados de ostentación y acumulación de capital simbólico inespecífico de fines del siglo XIX, particularmente en estas sociedades del NOA. Allí, las mujeres de la elite estaban autorizadas a tener un espacio de actuación pública socialmente legitimado, que habitualmente no transgredía el rol tradicional, sino más bien lo confirmaba, reforzando con el lustre de las “buenas obras” reconocidas, es decir, convirtiendo en capital simbólico –y normalmente sin salirse de “su lugar” social- el capital económico y político de sus maridos, hermanos o padres, los notables de la época.

⁴⁸ En el momento de la fundación de la Sociedad de Beneficencia y por muchos años, la totalidad de las mujeres que participaban de esas actividades pertenecen a viejas familias con actuación política y económica destacada, consignada por lo menos desde comienzos del siglo XIX, y la totalidad porta además apellidos ligados a altos cargos en el gobierno de la Provincia durante el período que va de 1880 a 1910. Pero si nos trasladamos a 1923, se puede observar matices importantes: salvo dos casos, cuyo origen desconocemos, los 13 miembros de la Sociedad siguen perteneciendo en ese año a las mismas familias tradicionales, y sin embargo, la relación al poder político ha cambiado notablemente: sólo cinco de las ocho, es decir, un poco más de la mitad, pueden ser vinculadas a los nombres en ese momento en el gobierno. Para más detalles sobre la composición de las agrupaciones benéficas de mujeres, Cf. Ibid. pág. 57-59.

una disociación entre capital económico, político y social: si en el siglo XIX eran las mismas familias las que acumulaban todas las especies de capital -precisamente por indiferenciación del capital simbólico-, a partir de 1920 encontramos evidencias de una diferenciación progresiva. Esta diferenciación no necesariamente corresponde a una mejor distribución de las posibilidades de acceso a bienes económicos y simbólicos (no hay que olvidar que, de diversos modos, las especies de capital son normalmente intercambiables entre sí, aunque la variación de sus precios sea función y a la vez haga variar las relaciones y posiciones), más bien habla de una diversificación: diversificación de los grupos que componen la sociedad, y diversificación de funciones y estrategias efectivas: el empresario obrajero de la década de 1920 ya no tenía necesidad -como su homólogo de 1890, el hacendado de regadío- de actuar directamente en política para cuidar que sus intereses no fueran perjudicados, ni necesitaba asegurarse un miembro de su familia en un cargo político; bastaba una alianza con un político “profesional”, o mejor aún, la inclusión de alguno de ellos en los espacios gremiales de obrajeros, para tener un lugar desde donde influir en las políticas públicas. Precisamente, cuando encontramos en esta época políticos profesionales ligados a familias de obrajeros -la actividad económica más importante de la época en la provincia-, como es el caso de Pío Montenegro o Juvenal Pinto, se trata precisamente de obrajes de familias cuyo poder se remonta a 1880 o aún antes, es decir, familias presumiblemente más apegadas a antiguos modos de intervención política: una excepción que, en tanto es tal, confirma el cambio ocurrido. Por otra parte, si hay algo que caracteriza a los años 20 en Santiago es la proliferación de asociaciones, gremios, grupos profesionales que reglamentan y formalizan su estatus, iniciativas culturales, publicaciones: en un juego más complejo, los lazos primarios del parentesco y las alianzas pierden fuerza como factor central de asociación y de dominación, y en el espacio social aparecen intereses específicos que defender y tipos de capital diverso con qué negociar.⁴⁹ A partir de la reglamentación de las profesiones, la legitimación mediante el título escolar será cada vez más imprescindible, y el capital cultural podrá ser identificado socialmente como tal⁵⁰, ya no será un aspecto más del halo simbólico del “notable”, sino que tendrá un precio económico que fluctúa en un mercado, es decir, podrá

⁴⁹ En este sentido podemos consignar la creación de organizaciones obreras (el Círculo de Obreros Católicos en 1897, y el Centro Socialista Obrero, que impulsaba la conformación de entidades gremiales desde 1903), la Liga Comercial e Industrial en 1908, la Sociedad Unión de Dependientes de Comercio en 1910, la Sociedad Rural de La Banda en 1917... Pero lo que más nos interesa es que también el capital cultural comienza a especificarse: Colegio de escribanos en 1917, de abogados en 1920, de médicos en 1921, de farmacéuticos en 1930, reglamentación de la profesión de arquitectos, ingenieros y agrimensores en 1923.

⁵⁰ En este sentido, una vez más, no se debe olvidar que no todo conocimiento constituye capital cultural, sino aquel que es socialmente reconocido, y por tanto puede ser intercambiado por otras especies de capital, y permite posicionarse en el campo específico.

comenzar a constituir campos específicos, porque podrá ser objetivado, tendrá productores y consumidores, tendrá leyes propias de legitimación (es decir, de exclusión, inclusión y jerarquización de agentes). Como es de suponer, esta especificación del capital simbólico como capital cultural se corresponde con un movimiento general de alfabetización, proliferación de publicaciones, y aparición de nuevas profesiones que le están ligadas, como el periodismo. Esta transformación es estructural, no volverá atrás tampoco después de 1930: aunque retornen algunos pocos nombres al poder político, las viejas estrategias de poder y negociación entre los miembros de las elites⁵¹ han cambiado, al parecer, definitivamente.

La Brasa en el espacio social santiaguense.

En enero de 1927 Arturo Capdevilla visitó Santiago del Estero, invitado por La Brasa. La conferencia prevista, por diversas razones, no tuvo la concurrencia que el escritor esperaba, y este hecho suscitó un artículo suyo en *La Prensa*, de Buenos Aires, en el que afirmaba que Santiago, “contaminado de pueril barbarie en las tradiciones de la plebe, (...) es todavía una frontera, como en los tiempos de la conquista” y al mismo tiempo destacaba que “Canal-Feijóo, el de la palabra concisa, y sus compañeros de brega (miembros todos de una benemérita corporación que se llama La Brasa) constituyen un puñado de valientes y admirables muchachos que deben ser señalados a la consideración y al agradecimiento del país” (ellos) “quisieran cultivar con el auspicio público su jardín de arte y de ensueño. Lo quieren pero no lo pueden. Riegan, labran y siembran un suelo en que lo cultural muestra todas las características de las tierras estériles”. Estas palabras dieron lugar a una respuesta irónica e inteligente de Canal-Feijóo, en la pura línea de la vanguardia martinfierrista (que ya había sepultado varias veces al poeta), bajo el título “Una pequeña ofuscación de Arturo Capdevilla”, en el N° III del periódico de La Brasa. También reaccionó, ofendida, la dirección del diario *El Liberal* y otros intelectuales locales.

Sin embargo, la percepción —errada en las causas, cargada de prejuicios etnocéntricos— de Capdevilla sobre el voluntarismo que encerraba la intención de La Brasa, a la luz del análisis de la sociedad santiaguense que venimos de esbozar, no está exenta de sentido: los procesos de diferenciación y las consiguientes dedicaciones posibles a las cuestiones de la cultura en un

⁵¹ No podemos decir lo mismo de las relaciones entre las elites y sus subordinados, que merecen una investigación aparte: los “agregados” seguían valorizando las tierras cuando se vendía un campo aún a comienzos del s. XX. Posiblemente el fenómeno de transformación mayor de esta época entre las clases populares tenga que ver con la explotación de los obrajes (y en los obrajes) y el aumento exponencial de la emigración (estacional y permanente) desde 1930. Esta aparente permanencia de viejos modos de dominación hasta la fecha, que bajo la formalidad democrática parecen tomar fundamentalmente una modalidad clientelar, merece análisis específicos, ya que si la división del trabajo social obligó a las elites a un cambio de estrategias, esto no supone necesariamente modificaciones sustanciales en la estructura global de la sociedad.

espacio social que las valide y reconozca como algo más que una faceta del prestigio social familiar, es aún incipiente.

En 1923, Emilio Christensen, un joven abogado, firmante del manifiesto de La Brasa, escribía en un artículo de *El Liberal*, en el que reseñaba la historia y actualidad de la actividad literaria en la Provincia, que aún “nuestros mejores espíritus, salvo alguna rara excepción, *no han podido consagrarse en absoluto* a las disciplinas emocionales. De ahí que *nuestros literatos y escritores hayan sido sólo diletantes* en el verdadero sentido de esta expresión” (subrayado nuestro). Y más adelante: “al estudiar nuestro movimiento mental es precisamente a esos *ingenios de nuestro diletantismo, abogados, médicos, periodistas a ratos perdidos, poetas ocasionales, catedráticos, magistrados o burócratas a quienes hay que estudiar*. Es a través de su obra poliforme, inarticulada, donde se reflejan, con relativa perfección las modalidades emotivas de nuestro medio”⁵². La breve presentación del autor que introduce el artículo aclara, como reafirmando lo dicho, que el mismo Emilio Christensen, “se consagró como poeta desde el Colegio Nacional”; que “*condiciones le sobran*”, aunque “*su profesión (...) le absorbe gran parte de su tiempo. Pero su espíritu escogido vibra* aún generosamente para las cosas de la belleza”. Ese bien de lujo de “las disciplinas emocionales”, referidas a las “cosas de la belleza” aparece en la reflexión de la época como altamente deseable (signo de civilización, evidentemente), pero no completamente posible. Si recorremos la lista de los literatos contemporáneos que son reseñados en el cuerpo del artículo de Christensen, encontramos un gerente de banco, un periodista, un abogado, un médico diputado nacional en ese momento... nadie que haya intentado vivir (salvo el periodista), aunque sea con estrategias y sucedáneos, del oficio de escribir. Si el santiagueño Rojas pudo decir que en 1898 “los bachilleres ignorábamos que existía en Buenos Aires una Facultad de Filosofía y Letras” esto es más difícil de decir de 1913 ó 1915, años por los que egresaban de bachilleres Canal-Feijóo, Di Lullo, Christensen y los miembros más destacados de La Brasa. Más bien, dedicarse a las letras como profesión parece haber estado fuera del horizonte de lo imaginable y deseable para la elite del Santiago de entonces. Pero, aunque en esta pequeña sociedad del interior, no sea posible aún (ni en términos objetivos ni en el horizonte subjetivo de las posibilidades pensables) el oficio sin más de escritor a tiempo completo, lo que podemos encontrar hacia los años 20 (como lo detectaba Beatriz Sarlo en la generación del Centenario para Buenos Aires) son algunos hombres (las mujeres parecen haber sido numerosas como consumidoras, pero serán productoras importantes sólo diez o quince años más tarde, en tiempos de *Vertical*, la segunda revista de La Brasa) que quieren hacer de ésta su tarea principal y radican

⁵² Christensen, Emilio. *El desenvolvimiento de la cultura en Santiago del Estero y sus actuales manifestaciones en la vida intelectual*. En: *El Liberal* 25 años, p. 46. Santiago del Estero. 1923

progresivamente allí su identidad social, aunque sea de manera vacilante, como midiendo el espacio de la legitimidad de su intención.

La Brasa está entonces explorando un espacio social que comienza a ser y a concebirse como posible, y a la vez asistiendo (en el doble sentido del término) el esfuerzo de su nacimiento. El texto del volante (sin título y con once firmas) que amanece dando vueltas por la ciudad un día de septiembre de 1925, y que (considerado como el “Manifiesto” de *La Brasa*) se puede leer hoy, enmarcado, en una pared del Museo Histórico de Santiago, cobra nuevo sentido al ser leído en la perspectiva que nos abre nuestro análisis histórico sobre los procesos de diferenciación y objetivación del capital simbólico. La insistencia del volante (ver recuadro al final del capítulo) en un modo de organización “límbica” se presenta como la clave de la novedad: *La Brasa* “no tiene estatuto”, “no tiene CD”, “tampoco cobra cuota”... porque quiere “mantenerse siempre más fiel a su necesidad”, “para evitar en su seno *vanas emulaciones presidencialísticas*”, porque “aquí las cosas, las grandes iniciativas *mueren, tal vez, de un exceso de organización*”. Sesiona una vez por semana, los sábados a la noche, “en ella el quorum es cualitativo”, “sus sesiones son *públicas* y carecen de objeto predispuesto”.

El carácter público, gratuito, “laico”, abierto, parece aquí lo central: no ceder al *espíritu filisteo* mediante el cobro de una cuota, pero tampoco aceptar jerarquías sociales al interior (no tiene Comisión Directiva⁵³), no querer “institucionalizarse” (no tiene estatuto), pero este carácter, no sólo porque en sí mismo proclama una diferencia que rompe con los modos habituales en esta sociedad provinciana, sino también porque es el que permite abrir un nuevo tipo de espacio social (“lo que hace falta”): aquí no se propone un lugar donde venir a buscar emulación social, ni hacer proselitismo religioso o político, aquí sólo se trata de “espíritu”. Se reúnen en una biblioteca, ya no estamos ante los salones literarios ni las tertulias familiares, donde hay que ser invitado personalmente o al menos bienvenido por la familia que acoge. Es otro tipo de “aristocracia” la que se convoca, otro registro de “distinción”, otra especificación de intereses, que en esa ciudad de provincia no acaba de constituirse porque le falta un espacio propio: no todos serán capaces de recoger el guante que se arroja, pero todos⁵⁴ están invitados a hacerlo. Lo recogerán aquellos que hayan detectado el “problema de cultura” que se plantea, porque “creen

⁵³ Las Comisiones Directivas de los clubes tenían en Santiago por entonces tortuosas historias de rivalidades entre los miembros de la élite, al punto que solían terminar en abandono de la iniciativa o en la conformación de más de una entidad (por ejemplo, la creación, primero fallida, de un club de tenis, y pocos años después, simultánea de dos clubes, inaugurados con una semana de diferencia. Similar fue la historia de las ligas de fútbol, que por entonces era aún un deporte prestigioso)

⁵⁴ Evidentemente este “todos” es implícitamente calificado: el disfrute de la cultura “cultura” de que se trata tiene condiciones sociales y económicas de posibilidad, aunque su fundamento consista en negarlas.

que la cultura es una justificación de la vida, y el arte su más alta aspiración”, es decir, que la producción y el consumo de estos bienes de lujo se autofundamenta como un punto culminante de la vida personal y social, sin necesitar de otra justificación, ética, religiosa o política: es, implícitamente, la autonomía del arte y de las expresiones de la “cultura legítima” lo que aquí se proclama y el espacio social que le corresponde lo que se pretende fundar.

En los últimos 30 años en Santiago se habían ido abriendo bibliotecas públicas: la “Biblioteca Sarmiento” creada en 1893 y la “Biblioteca 9 de julio”, fundada en 1916, que contaba en 1920 con 1332 lectores adultos, 369 lectoras y cerca de 1000 niños, con un promedio de 23 consultas diarias. Existían también ya por entonces bibliotecas municipales en el interior de la provincia. Desde el gobierno de Absalón Rojas había sido más o menos constante la fundación de escuelas, se habían multiplicado periódicos y habían aparecido fugaces revistas literarias. El ambiente parecía estar listo. El “despertar del alma colectiva”, como diría en 1927 la nota que justificaba la aparición de la revista de la Asociación, convertía a *La Brasa* por entonces en un “precipitado capital y propio del ambiente”. Sin embargo, y precisamente por todo eso, en 1925 se hablaba de un “problema de porvenir”, que no se podía plantear colectivamente, ni grupalmente, sino “entre muchos”. Es interesante el cuidado por preservar las individualidades que encierra la expresión. No es el manifiesto un llamado corporativo (llamado a una categoría profesional), pero hay al mismo tiempo un cuidado en subrayar el carácter voluntario –no adscriptivo- y gratuito (en el sentido no económico del término) de la convocatoria, que se dirige sin embargo a un tipo nuevo de nobleza: se trata de “un grito de llamada cordial a todos los *hombres de espíritu*”.

En suma, lo que en 1927 será leído como una consecuencia inevitable de los cambios sociales que se venían dando en la Provincia, tiene aún en el momento del manifiesto de 1925 un tono de ruptura, pero no con un movimiento literario anterior, sino con el espíritu provinciano, ese que confunde groseramente distinción cultural con distinción social, que fabrica abogados como los que describe Canal Feijóo (haciendo una descripción acertada de su propia *hexis* corporal) en un texto de esta época: “tiesos”, “como atravesados por una espada”; que mata las iniciativas más interesantes porque las mezcla con sus pequeños juegos de acumulación de capital simbólico (las Comisiones Directivas, las luchas por los lugares, las rivalidades entre familias).

Por eso *La Brasa* ha buscado “descubrir el modo de no acabar de constituirse”, para no matarse “de su propio veneno”. El “espíritu provinciano”, desde este punto de vista, aparece como *habitus* (estilo de vida y sentido común) de sociedades pequeñas, aisladas, de espacios sociales poco diferenciados, donde los grupos dominantes se resisten a cualquier diversidad que les pueda resultar incontrolable o inapropiable porque está simplemente fuera de su horizonte, donde sus

propios juegos de reconocimiento hacen el núcleo de la vida social y se mezclan en toda otra iniciativa, descentrándola de sus objetivos, porque debilita precisamente la sublimación de las luchas de reconocimiento en la especificidad de la producción cultural. El notable puede escribir una novela por ser quien es, para marcar sus espacios de ocio y sumarse un rasgo más de distinción. El escritor profesional, en cambio, empujado a confrontar con sus pares los textos que produce, está obligado a transformar su búsqueda de reconocimiento social en fidelidad a las normas de producción que rigen el campo en ese momento, es decir, lo que sus pares consideran es la calidad estética, o construir la originalidad de una nueva posición⁵⁵: en todo caso, escribir es para él un trabajo. Es con este mundo de los notables, del capital simbólico indiferenciado, que parece querer romper La Brasa. Sin embargo, en buena medida, y en distinta medida, este mundo aún habita a Canal-Feijóo y a sus compañeros.

“Poetas con oficio conocido⁵⁶”, entre los once firmantes del manifiesto de 1925 hay cuatro abogados, un profesor de lengua, dos médicos, un periodista, el presidente de la Caja Provincial de Jubilaciones, un músico y un aristócrata francés de vida azarosa que por entonces comienza a dedicarse de lleno a la arqueología: Don Emilio Wagner. Sólo de cuatro de ellos podemos decir que hicieron de la producción cultural, la actividad más importante a lo largo de su vida, aunque no fuera la única actividad ni la que les diera sustento económico: Bernardo Canal-Feijóo, poeta y ensayista, que vivía de su puesto de abogado del Banco Hipotecario⁵⁷; Emilio Wagner, naturalista y arqueólogo⁵⁸; Manuel Gómez Carrillo, músico y profesor de lengua de la Escuela Normal; y Pedro Cinquegrani, violinista; y lo podemos decir con matices de Orestes di Lullo (cuya profesión médica y actividad política ocuparon buena parte de sus energías, y definen también su identidad social, repartiéndose con la producción de textos de etnomedicina e historia). Son todos varones, aunque sabemos que a sus actividades concurrirían “más mujeres que hombres, muchas de ellas

⁵⁵ Esto no se invalida por la particular especificidad del campo literario, en que la norma es precisamente, al decir de Bourdieu, la institucionalización de la anomia: es decir, el derecho del escritor de redefinir las reglas, en la medida en que se trata de una redefinición controlada y validada también por los pares.

⁵⁶ Expresión de un contemporáneo recogida por Cartier de Hamann “La brasa” una expresión generacional santiagueña. Ed. Colmegna. Santa Fe.1977. pág. 195.

⁵⁷ Tasso, Alberto *Biografía y clima de época en el pensamiento de un creador*. En Quién fue Bernardo Canal Feijóo, Barco Editora. Santiago del Estero.1997. pág. 15

⁵⁸ En realidad, hemos vacilado bastante antes de clasificar a Emilio Wagner entre “los que hicieron de la producción cultural la actividad más importante de su vida”, y no queremos hacerlo sin precisar que durante muchos años se trató, más que de una vida de estudios, de un explorador, cazador, y aventurero, de a ratos hacendado, viajero, escritor o naturalista. En realidad don Emilio pertenece a otro mundo, no sólo geográfico, sino cronológico. Pero lo que es indudable, es que en Santiago, su identidad social desde estos años de La Brasa y hasta su muerte, se fundará en su condición de “científico”.

maestras, tanto de la ciudad como del campo”⁵⁹ En cuanto a los orígenes sociales, seis de los firmantes ostentan apellidos que podríamos llamar “de la gente conocida”, aunque aún entre estos se trata en buena medida de “nobleza nueva” (Bernardo y Enrique Canal-Feijóo, Torres López, Christensen, Ponce Ruiz y Herrera), el resto se reparte entre hijos de extranjeros correctamente instalados en el medio (Di Lullo, Abregú Virreira, Cinquegrani), y viejas familias santiagueñas poco descollantes (Gómez Carrillo, Juárez). Es decir, si aún predomina una pertenencia de elite, su no exclusividad signa al grupo como un espacio social cuyas normas de entrada ya no son las tradicionales, característica que, como vimos, comienza a asomar en esos años en el mundo de la política, pero está lejos de aparecer en los espacios simbólicos de la beneficencia, reservados a las mujeres de las elites más tradicionales.

Los miembros de La Brasa no podrán en estas condiciones de inicial constitución de un espacio social, especificar demasiado los ámbitos de producción, y menos aún las tendencias o el nivel de calidad, se trata más de una actividad de fomento que de delimitación: las “conferencias”, “conciertos”, “exposiciones de arte”, que organizarán “al principio” (¿existe desde el comienzo un proyecto más ambicioso para el futuro?) acogerán por igual a literatos, científicos, poetas, pintores, ensayistas u obispos, y versarán sobre los más diversos temas. Sin embargo, aún desde esta “inespecificidad profesional”, lo que reivindicarán algunos de entre ellos es una palabra propia avalada por un capital intelectual. A “diferencia del simple cenáculo tradicional”, tienen intenciones de proyección, y abarcarán, efectivamente, en los años siguientes, apoyándose sobre el suelo de esta visibilización de la producción cultural legítima, inclusive los problemas del futuro económico de la provincia. De este modo, La Brasa parece haber funcionado en sus momentos florecientes, como una especie de secretaría de cultura: empujar la fundación de un museo, gestionar una exposición de arte, reunirse a debatir sobre un nuevo libro, invitar y homenajear a figuras famosas de la literatura o la ciencia, publicar revistas, promover la música y las danzas locales, apoyar investigaciones arqueológicas... todo entraba en su programa, abierto por definición a todo lo que ayudara a desarrollar el “espíritu” *en* la Provincia, que irá configurándose rápidamente en sus discursos como espíritu *de* la Provincia⁶⁰.

En este contexto, la materia de los debates, la jerarquía de las producciones de los agentes, las consagraciones, las temáticas, la definición de las reglas de juego de la cultura, todo esto no podía ser producido al interior de este espacio sino parcialmente: la extroversión era tan necesaria como

⁵⁹ Cartier de Hamann. op. cit. pág. 17.

⁶⁰ Sobre el papel que cumplió La Brasa en la construcción de un discurso sobre la identidad santiagueña como “reserva” cultural de la nación Cf. Martínez, Taboada, Auat. op. cit. pág. 261-314.

lo era salir del “provincianismo” en el sentido explicitado más arriba. Articularse al campo nacional, (liderado por Buenos Aires) y a sus vinculaciones internacionales eran tareas imprescindibles. En 1941, recordando el Santiago de los años 20, en que se produjeran importantes descubrimientos arqueológicos, Canal diría de “la etapa de exposición y de polémica” de los descubrimientos, que “Por cierto que ella no podía haber tenido su campo en *nuestro Santiaguito*; había que ir a *buscarlo más lejos, por lo menos* en Buenos Aires”⁶¹. Y esta fue constantemente la actitud de la Asociación.

Es decir, si la amplitud del programa y las características de la ruptura social que proponen, se entienden a partir del tamaño y la configuración de la sociedad local, los contenidos de su reflexión, las líneas estéticas que exponen y el lenguaje que utilizan no se entienden sino por su vinculación a un campo literario y artístico que se constituía en todo el país y aparecía, desde la generación del Centenario, consolidado en Buenos Aires, lo suficientemente consolidado como para generar allí ya una vanguardia literaria en discrepancia con la generación anterior.

El manifiesto de La Brasa aparece entonces –aunque algunos de los firmantes puedan adscribirse a nivel nacional en los movimientos de vanguardia- más bien como un texto fundador, pero no de un movimiento literario, sino sobre todo de un nuevo espacio social, un espacio donde la regla que marque la diversidad de las posiciones y de las tomas de posición no sea ni la economía, ni la distinción social, ni el credo religioso o político, ni siquiera el capital cultural en términos de profesiones (por entonces en la ciudad ya se habían constituido, como vimos más arriba, los colegios profesionales), pero tampoco aún la especificidad en los modos de concebir la producción literaria, sino la “inquietud”, el “problema de porvenir” “planteado entre muchos”: abrir en la sociedad provincial y provinciana un lugar específico para la cultura. Este fue, efectivamente, el empeño de La Brasa, y este es el encuadre que a lo largo de esas dos discontinuas décadas marca sus metas y permite medir sus logros. Pensar a la asociación centralmente como grupo de vanguardia, implicaría reducirlo a una filial de los grupos porteños, y evaluarlo por la calidad y el tipo de su producción literaria. Reponerlo en su contexto social concreto mediante el estudio de las transformaciones de las elites, utilizando el modelo de campo desde esta particular perspectiva, y releer desde allí las prácticas culturales y los textos de la Asociación, por el contrario, nos permite no sólo ponderar más certeramente lo que La Brasa significó para Santiago del Estero, sino comprender de un modo nuevo el contenido de sus discursos y manifestaciones, e incluso su uso particular de los temas de la vanguardia. No sólo

⁶¹ Canal Feijóo, Bernardo. *Duncan L. Wagner*. En *El Liberal*, 01/01/1941.

obtenemos una nueva luz sobre el grupo, sino que éste se convierte en “analizador” del espacio social del que forma parte.

**Texto que circuló en volante en septiembre de 1925
en la ciudad de Santiago del Estero,
como convocatoria de la Asociación Cultural La Brasa.**

“La Brasa” quiere ser lo que hace falta: un centro de pura actividad espiritual. Como aquí las cosas, las grandes iniciativas mueren, tal vez, de un exceso de organización, “La Brasa” ha tratado primero de descubrir el modo de no acabar de constituirse. No es una sociedad de beneficencia, no es una empresa comercial de corretajes artísticos. Es una inquietud, un problema de porvenir planteado entre muchos. “La Brasa” no se propone redimir a nadie, no pretende hacer de un leño una antorcha, no ofrece dulces mentiras para curar a nadie de su amarga verdad. “La Brasa” quiere ser lo que hace falta por ahora y nada más: un problema serio propuesto a todo aquel que sea capaz de recogerlo.

“La Brasa” no tiene estatuto, para mantenerse siempre más fiel a su necesidad. No tiene C.D. para evitar en su seno vanas emulaciones presidencialísticas. Pero tampoco cobra cuota y, - condición terriblemente restrictiva- no exige a sus miembros otra contribución que la de su pequeña parte sana de espíritu.

Sesiona una vez por semana, los sábados a la noche; libre de todo reglamento no podía haber escapado al rigor del número siete cuando menos.

Al revés de todas las otras corporaciones en ella el quorum es cualitativo, ocurriendo no pocas veces que se hace más de ausencias que de miembros presentes, como la “atmósfera” de las bibliotecas. Sus sesiones son públicas y carecen de objeto predispuesto de donde toman su alto nivel de improvisación siempre. De este modo cualquier objeto es bueno para preocupar una sesión, a condición, naturalmente, de ser espiritual, inconveniente nimio que le permite formularse sin mayores trabajos las limitaciones y exclusiones forzosas de su órbita.

Tal tipo de organización absolutamente límbica que ha creído bueno adoptar “La Brasa” no le impide en verdad tener propósitos especiales de proyección, en lo que se diferencia del simple cenáculo tradicional que se mata de su propio veneno, como ciertos animaluchos que no podrían tener cabida en ella.

Así, y también al principio, “La Brasa” se propone organizar conferencias, conciertos, exposiciones de arte, pruebas de estímulo artístico, y propiciar todo acto de afirmación espiritual que pueda servir eficazmente al problema de cultura que se ha planteado.

Más de tres meses lleva ya vividos “La Brasa”, sin una sola traición a su programa de fondo, habiendo traspuesto cabalmente con ellos la estación en que el tiempo no ayuda a la conservación de las temperaturas interiores. Hoy, que ya está conseguida la prueba decisiva, y toda voz de exaltación se anticipa en la magna sinfonía de la Primavera, “La Brasa” lanza al aire su grito de llamado cordial a todos los hombres de espíritu; a los que creen que la cultura es una justificación de la vida, y el arte su más alta aspiración.